



entrevista

Por
**LLORENÇ
CAPELLÀ**

Francisco Fullana, la vida en un violín

La vida le sonríe. Se le nota confiado y feliz, sin malicia alguna. Francisco Fullana (Palma, 1990) es violinista. Con cuatro años fue alumno de Bernat Pomar y de Teresa Ripoll. Y con once ingresó en el Real Conservatorio Superior de Música de Madrid en donde se sacó el Título Superior de Violín (2005). Desde entonces lleva una carrera meteórica. Ha ganado los más prestigiosos concursos internacionales. El último: el Johannes Brahms, celebrado en Austria el verano pasado.

Fotos **JAUME MOREY**

*«Un violín, cuanto mejor,
más personalidad»*



Francisco Fullana ha ganado los más prestigiosos concursos internacionales de violín.

Entre ensayos y conciertos no puede quedarle tiempo libre. Se lo comentamos. Me responde:

— Si uno sabe administrarse hay tiempo para todo. Y yo, en lo de administrarme, soy un maestro. No quiero encerrarme en mi mundo, siento un gran interés por todas las artes... Viajo constantemente y tan pronto llego a una nueva ciudad solicito la relación de museos. El violín absorbe. Si me obsesionara con los ensayos no tendría tiempo para nada más.

Si lo suyo no es obsesión, poco le falta.

— Trabajo mucho, no voy a negárselo. Sin trabajo no se aprende. Llego a mi apartamento y estudio.

Su apartamento está en Nueva York.
— Cerca de Central Park. Salí de Mallorca con once años. El violín me ha convertido en un nómada.

Se instaló en Madrid...

— Pero no iba solo. Soy hijo único y mis padres me acompañaron. Son funcionarios y pidieron un traslado temporal. Él es inspector de Enseñanza y, ella, profesora de Matemáticas en un instituto. Cuando me fui a Nueva York regresaron a Palma.

Aún era cándido.

— Pero debían jugarla. ¡Y confiaban en mí! Les debo lo que soy. Cuando se ha tratado de ayudarme todo sacrificio les ha parecido poco.

¿Quién le calificó de niño prodigio?

— ¡No me avergüence...!

Digo la verdad.

— Fue Vartan Manoogian, que estaba de catedrático de Violín en la Uni-

versidad de Wisconsin. Pasó por Palma y me oyó tocar. Fue en 1999.

Usted tenía nueve años.

— Era un niño, es cierto. Manoogian aconsejó a mis padres que me matricularan en el conservatorio de Madrid. Me recomendó a Manuel Guillén, otro gran maestro. Inicialmente iba a Madrid algunos días, cada dos o tres meses.

¿Recuerda sus juguetes?

— Tuve peluches. ¡Y un violín de plástico...! Casi no me tenía en pie y lo tocaba.

¿Admite que el violín le ha robado la infancia?

— ¡No! Tal vez porque las primeras nociones de música las aprendí de alguien tan bondadoso como Bernat Pomar. Se esforzaba para que las clases fueran amenas, casi jugábamos. Aunque ya disfrutaba ensayando. Actualmente ensayo seis o siete horas y tampoco me canso. ¡Le debo tanto al violín...! El status social, la amistad de tantos maestros... Y de gente maravillosa, muy importante, que no suele relacionarse con los chicos de mi edad. Días atrás, antes de salir de Nueva York, tuve el privilegio de almorzar con el patrón de una orquesta. Es millonario. Estudió bioquímica y trabaja en la investigación del cáncer. Luego, los domingos, sacia su pasión por la música tocando el órgano en la iglesia de su parroquia. ¡Hay gente fascinante...!

¿La vida es amable con usted?

— Claro que sí. Me considero un privilegiado. Me une una fuerte amistad

con Midori Goto. ¡Y es genial...! Debutó con la filarmónica de Nueva York con once años. Y en 2007, la ONU la nombró Mensajera de la Paz. Lleva su violín a las cárceles, a los hospitales... Enseña a los niños de la calle.

¿Usted ha tocado en la calle?

— Nunca. Pero algún día lo haré, porque la cultura no puede limitarse a los círculos elitistas. En Caracas he podido conocer la función pedagógica de El Sistema.

¿El Sistema...?

— Es un programa de educación musical destinado a los jóvenes que no pueden pagarse los estudios. Se han abierto 270 centros y hay más de 250.000 inscritos. ¡Es aleccionador...!

...

— Los músicos como yo nos acostumbamos a una cierta exquisitez social, al lujo... Así que lo de Caracas me supuso una lección de humildad impagable. Desde el aeropuerto al núcleo urbano todo son chabolas. Y de ahí salen músicos. ¡Magníficos músicos...!

A los diez o quince años ¿el violinista puede entender los sentimientos del compositor?

— No. Pero se guía por el instinto. Con diecisiete o dieciocho ya sí. El dos de junio interpreto a Mozart en San Petersburgo. Y me he planteado esta cuestión. En mis comienzos ¿supo absorber todos los registros emocionales de Mozart...? Imposible. Así que me siento obligado a desaprender y aprender de nuevo. Me lo tomo como un reto.

Con el tiempo, también habrán variado sus compositores de referencia.

— Es inevitable. De niño, congeniaba con Sarasate y Paganini, porque son brillantes y vigorosos. Beethoven y Brahms me interesaron más adelante. La relación entre el compositor y el intérprete está llena de matices. Ha de conjugarse debidamente lo objetivo y lo subjetivo.

Se ha referido a sus retos personales...

— Pasan tanto por entender la época en que fueron creadas las composiciones que interpreto como por penetrar en los sentimientos de los compositores. La música es lenguaje, desde un madrigal de Monteverdi a Schubert o Mozart. Y cada compositor es diferente a los demás. Por otra parte, cada vez me interesa más la música contemporánea. En cada concierto procuro introducir algo actual. Y el melómano va aceptándolo, sin excesivos entusiasmos, porque el público de los conciertos es poco partidario de lo novedoso.

Usted vive en Nueva York. ¿Por qué no en Berlín?

— Me sentiría igual de cómodo. Nueva York es un generador de cultura. Y las dos veces que he estado en Berlín he percibido una idéntica energía cultural. En Nueva York, la gente culta es cultísima. Este verano, en el



FRANCISCO FULLANA

«NUNCA HE TOCADO EN LA CALLE, PERO ALGÚN DÍA LO HARÉ, PORQUE LA CULTURA NO PUEDE LIMITARSE A LOS CÍRCULOS ELITISTAS»

De Sóller a Pörtlach

Francisco Fullana se llama Francisco Gabriel García Fullana y es hijo de padre granadino y de madre de Manacor. Afirma que en Estados Unidos García es un apellido conocido, de manera que Fullana es más exótico. Puede ser. Da la impresión de que en la fulgurante y sólida carrera de Francisco Fullana, sus padres no han dado puntada sin hilo. Desde que le regalaron un violín de plástico. O que le buscaron el profesor adecuado. ¿Qué hubiera sucedido si Francisco, a sus cuatro años, no hubiera ido a parar a las manos de Bernat Pomar? El

maestro Pomar fue un gran músico, pero también un pedagogo con sensibilidad suficiente como para enseñar jugando. Francisco Fullana pudo aborrecer la música. En cambio, la amó. Y actualmente, dos décadas después, su currículo como concertista es impresionante. Con nueve años debutó con la Orquesta Simfónica de les Illes Balears y, con diecisiete, dio el primer concierto en Nueva York. A los diez años, en el 2000, se hizo con el certamen Miquel Ballester, en Sóller. Fue el primer premio de una lista interminable. En 2006 ganó el Pablo Sarasate convocado por la Co-

munidad de Navarra y, el pasado verano, el Johannes Brahms, en Pörtlach, lugar en el que estuvo la residencia veraniega del propio Brahms y de Mahler. Reside en Nueva York. El pasado día 30 actuó en el Teatre Principal, de Palma, interpretando a Bach, Beethoven, Lutoslawski y Paganini. Le acompañó al piano Óscar Caravaca (1985), otro mallorquín de trayectoria envidiable.

Marlboro Music Festival, en Vermont, tuve la oportunidad de interpretar Brahms con los mejores instrumentistas del mundo. Y traté a Mitsuko Uchida. ¡Es una mujer fascinante...! No solo es genial como pianista, sino que es una experta en todo. En Mallarmé, en el modernismo...

¿Le ha preguntado sobre Guantánamo o la pena de muerte?

— No lo hago. Las gentes como ella se encierran en su burbuja. Constituyen una casta superior y la sociedad americana las respeta.

¿Usted ya forma parte de esta casta...?

— La acaricio. Y soy consciente de que comparto un estilo de vida de ensueño, inimaginable hace unos pocos años.

Su violín es un Pietro Guarneri...

— ¡De 1679! Me lo ha cedido la Stradivari Society de Chicago. Pago el seguro y doy gratuitamente un concierto anual.

¿Y la Stradivari...?

— Funciona con aportaciones millonarias. Hay un mercado muy reducido de Stradivarius y de Guarnerius. Se compran como inversión y se destinan a mecenazgo cultural. La sociedad no los cede a cualquiera, sino a un violinista con un currículum lo suficientemente prestigioso como para hacerles aumentar su valor de compra.

¿Cuántos habrá como el suyo?

— Unos doscientos. Y de Stradivarius, unos quinientos. Calcule, además, unos trescientos en museos... Pero no deberían estar en los museos. La madera tiene vida y sin el tacto de la mano pierde flexibilidad. El experto que tiene a su cuidado el Guarneri de Paganini lo toca quince minutos diarios para que no se malogre.

Usted lleva el suyo a la espalda, como un colegial su bolsa de libros.

— Porque ya le he cogido confianza. De todas formas, delicados como son,

te dan sorpresas. Conozco a un músico que toca un Stradivarius procedente de la Rusia comunista.

Si...

— Es un violonchelo. Para sacarlo a escondidas, en una maleta, lo partieron en dos. Luego, en Estados Unidos, pegaron las dos partes. Suena de maravilla.

Seguro que no se aparta de su Guarneri ni para dormir.

— Procuro no perderlo de vista, es cierto. Pero en la mesilla de noche suelo tener un libro.

¿Cuál?

— ¿Ahora...?

Si.

— Uno en inglés. *A nervous splendor*, de Frederic Morton. Cuenta el fin trágico del príncipe Rudolf de Habsburgo y la baronesa María Vetsera. Eran amantes y los hallaron muertos en un dormitorio del pabellón de caza de Mayerling. Fue en 1889. Nunca se supo si fue suicidio o asesinato.

¿Le preocupa?

— ¿El desenlace...? Para nada. Me interesan las intrigas de palacio. El príncipe era hijo de Francisco José y de Sissi. Iba a heredar el mayor imperio de Europa.

Volvamos al violín. Si duerme ¿a cuántos metros de su cama lo deja?

— A tres como máximo. Y en mitad de la noche, le echo una mirada. O dos. Nos tenemos el uno al otro. Aunque soy yo que me adapto a él. Un violín, cuanto mejor, más personalidad. Al Stradivarius se le llama coloquialmente El Principito porque no hay quien lo dome. El te doma a ti.

